



De Juan el Bueno a Pablo VI

“Es preciso reconocer que este Concilio se ha detenido más en el aspecto dichoso del hombre que en el desdichado. Su postura ha sido muy a conciencia optimista. Una corriente de afecto y de admiración se ha volcado del Concilio hacia el mundo moderno. . . El Concilio ha enviado al mundo contemporáneo, en lugar de deprimentes diagnósticos, remedios alentadores; en vez de funestos presagios, mensajes de esperanza. . .”

Estas palabras son de Pablo VI en su alocución por la clausura del Vaticano II. La resonancia, muy positiva, el acento de confianza serena y la proyección hacia la humanidad de hoy podrían ser de Juan XXIII. Qué lejos estábamos entonces de las censuras y voces de alarma que el papa dispensa actualmente al mundo con dramatismo e, incluso, con crisis de lágrimas públicas. Apenas parece creíble que se trate del mismo hombre.

Una inversión tan radical de tono en la cumbre no puede dejar de ir acompañada de una profunda alteración del ambiente en todos los niveles. Después del aliento de frescura, de dinamismo, de euforia, que Juan el Bueno supo comunicar a la cristiandad y mucho más allá de ella, una capa de sombra se ha abatido de nuevo sobre la antigua institución eclesial.

Frente a tamaño deterioro, son muchos los que piensan que Juan XXIII ha muerto por segunda vez y para siempre, que la irradiación de su fisonomía evangélica ha dejado de inspirar a la Iglesia, que ésta ha abandonado las vías de la renovación.

¿En qué medida se ha cerrado el futuro del *aggiornamento*? Tal es el problema que quisiéramos plantear aquí. Para responder a la cuestión: “¿Qué sucederá?”, nos preguntaremos previamente: “¿qué sucedió en el fondo?”

La respuesta dependerá de un análisis de los rumbos de la Iglesia a través de estos cinco últimos años, sus antecedentes y sus implicaciones.

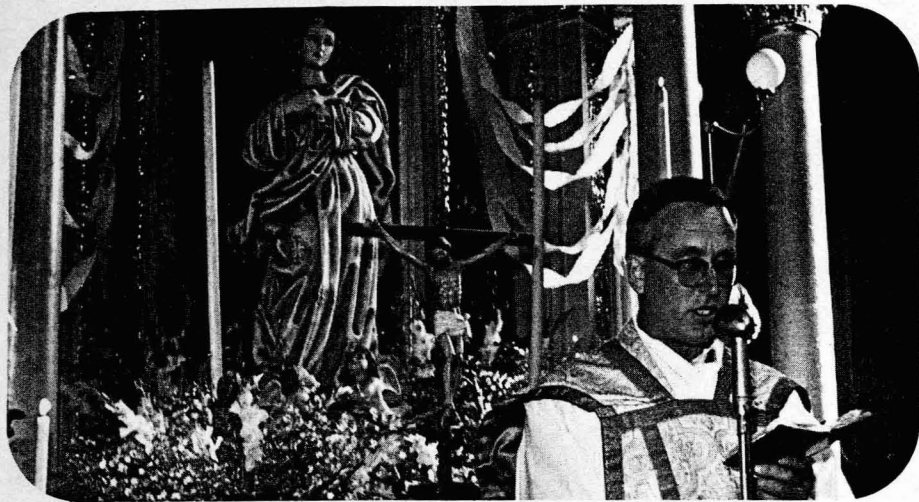
Convendrá delimitar en primer lugar la parte de responsabilidad de quien lleva el timón.

Recordamos un artículo de Enrique González Pedrero en *El Día*

poco después de la elección pontificia. Tomando sus deseos como realidad, una gran mayoría de los periódicos del orbe se complacían entonces en recalcar las afinidades entre Juan XXIII y Pablo VI. “El nuevo papa seguirá quizá la línea trazada por su predecesor —escribía en sustancia el maestro de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales—, pero no nos forjemos ilusiones: el estilo será ciertamente distinto.”

Al publicarse la primera encíclica del nuevo papado, se notó poco, en medio de un concierto universal de elogios, el júbilo de los círculos integristas. De ello da testimonio este cable del corresponsal vaticano de la CGV (11 de agosto de 1964): “El papa Paulo VI delineó en la primera encíclica de su reinado los planes para un pontificado de *línea dura*. . . Deja sentado que la era del difunto papa Juan XXIII ha terminado.”

Quienes conocían personalmente a los dos hombres sabían de antemano que no tenían nada en común. El primero era un campesino que no se desligó jamás, en espíritu, de la gleba regada por el sudor de los suyos; el segundo, al contrario, es el hijo de una familia de la pequeña burguesía que vinculó su destino al de la llamada “democracia cristiana”: entre todos los papas modernos es el más interesado en la política local y el menos identificado psicológicamente con los humildes. Frente a un temperamento extrovertido, campechano, resplandeciente de optimismo, siempre dispuesto a escuchar, a compadecer; un introvertido, pesimista, acomplejado, de mente calculadora y reacciones tajantes. Pastor de alma evangélica, el primero conquistó espontáneamente el cariño de sus diocesanos venecianos. Funcionario de carrera con afición por la diplomacia, el segundo encontró con dificultad el corazón de los milaneses, cualquiera que fuese su condición: “¿Qué tal vuestro Hamlet?” preguntaba con fineza a ciertos interlocutores venidos de la capital lombarda el papa Roncalli, no ingnorando las reticencias que suscitaba el carácter enigmático del arzobispo Montini.



Semejante contraste de personalidades debía pesar inevitablemente sobre el ambiente de la Iglesia.

Por añadidura, desde el principio, el nuevo papa pretendió influir en el Concilio para apaciguar una minoría tan ínfima numérica e intelectualmente, como poderosa en intrigas y astucia. Con este fin impuso unas mutilaciones de los textos aprobados por mucho más de las dos terceras partes de los sufragios. La mayoría se inclinó; pero aquí está precisamente el punto clave de los acontecimientos ulteriores.



Un siglo y medio de aggiornamento subterráneo

Cuando se considera la etapa postconciliar, se olvida con demasiada frecuencia que el Vaticano II no fue tanto un inicio como el coronamiento de siglo y medio de esfuerzos lúcidos y a veces heroicos, por parte de personalidades y grupos de alta categoría, laicos y clérigos, para devolver a la Iglesia la pureza de sus orígenes y arraigarla en la época contemporánea.

El principal documento del Vaticano II se titula: *La Iglesia en el mundo de este tiempo*. La obsesión del círculo de eminentes cristianos agrupados alrededor de Lamennais desde 1824, como también del equipo del periódico *L'Avenir* ("El porvenir") a partir de 1830 y de *L'Ere Nouvelle* ("La era nueva") en 1848, era según decían ellos mismos, "la reconciliación de la religión con la sociedad moderna"; repetían con Toqueville: "El cristianismo es un viviente que han querido vincular a muertos: ¡romped las ataduras que le retienen y se levantará!"

Al mismo tiempo, todos ellos propugnaban una vuelta a las fuentes genuinas del cristianismo. Tenemos, por ejemplo, dos grandes fisonomías paralelas, dos amigos. Uno Lacordaire, restauró la Orden de Santo Domingo y personificó genialmente y para siempre, en el arranque de las revoluciones de 1830 y 1848, la apertura de la Iglesia a una consecuencia social y a una visión moderna y universalista. El otro, Guéranger, restaurador de la orden benedictina, fue el verdadero iniciador del movimiento de renovación litúrgica.

La Revolución francesa había derrumbado las estructuras de la Iglesia como dependencias carcomidas del antiguo régimen. Nos es difícil imaginar hoy el vacío que dejó detrás de sí, en el campo eclesial, el gran cataclismo. Para los cristianos inteligentes se planteaba necesariamente la alternativa: o una iglesia rejuvenecida y adaptada a los tiempos nuevos, o un cristianismo reducido a objeto de museo.

Hoy, después del Vaticano II, ni siquiera un Ottaviani soñaría

con proscribir un movimiento similar al de *L'Avenir*. Pero no es menos cierto que la condena de 1832, el *Syllabus* de 1864 y el salvajismo de la represión en contra de todo lo que parecía oler a modernismo en el principio del siglo XX premieron las insolencias del conservadurismo más hermético, quebraron la ola renovadora por generaciones y relegaron e inhabilitaron a muchas de las personalidades más sobresalientes.

A cualquier perito en la historia del siglo XIX europeo, le maravilla comprobar el número y el tamaño de los grandes espíritus cristianos cuyas reivindicaciones se anticiparon a la apertura actual.

Ya en 1848, el arzobispo de París, Affre, antes de morir en las barricadas en un intento evangélico de mediación, había preparado un proyecto de reforma de la Iglesia de Francia *sobre una base conciliar*. Roma, a instigación del nuncio, lo desechó brutalmente.

Pueden considerarse como grandes figuras del *aggiornamento* en su exordio los Lacordaire, Montalembert, Ozanam, Madame Swetchine, en Francia; los Moehler, Goerres, Scheeben y tantos otros en Alemania.

Los profetas de la justicia social que, en la segunda mitad del siglo pasado, abrieron las vías a *Rerum Novarum*, planteaban ya muchas de las tesis que el Concilio de 1962 a 1965 sancionaría oficialmente. Obispos de hace cien años como Mermillod, Ketteler, Dupanloup, Manning, Newman, Gibbons, Doutreloux, pueden contarse como verdaderos precursores del Vaticano II. No hablamos del poderoso hervor regenerador en las iglesias de Alemania, Bélgica y Francia antes y después de la segunda Guerra Mundial, ya que es historia presente: desembocó directamente en el Vaticano II.

Al empezar éste, los representantes de los países del norte de los Alpes y los Pirineos tenían ya, en el plano del pensamiento como en el de la vida cristiana, una experiencia renovadora acumulada a través de muchos decenios, pese a condenas, sospechas, intrigas, obstrucciones constantes por parte de Roma y del ingente bloque tradicionalista que daba el tono en el mundo católico. Bajo los vientos y borrascas adversas, se habían ingeniado para precisar sus posiciones y sus metas y formularlas con moderación, equilibrio y matices. En el Concilio, sus tesis reformadoras, tan maduradas y elaboradas, resultaron inexpugnables frente a la hostilidad de los inmovilistas. No se les opuso ninguna competencia seria. Sin embargo, los debates llevaron a los ponentes a consentir en muchísimas amputaciones y alteraciones de sus textos, sea por presión papal, sea por un respeto a la minoría que no supieron manifestar los conservadores cuando, en el Vaticano I, eran la mayoría; sea también *por realismo*. En efecto, quisieron prestar crédito a la sinceridad de la masa de los obispos y a la lealtad de su adhesión a las nuevas normas. Pero previeron lo





difícil que sería para muchos aplicarlas, por falta de antecedentes y de preparación. Se resignaron entonces a que el Concilio no les trajera ningún progreso respecto a sus propias posiciones. A fin de facilitar a los demás la recuperación de su atraso, renunciaron a exigir otros adelantos. Más valía pensar avanzar poco con todos, que dar grandes pasos con unos cuantos, sin que la inmensa mayoría los pudiera seguir.

Para gran parte de los católicos militantes de Alemania, Bélgica y Francia, y todos los que, a través del mundo se referían a las mismas fuentes, el Vaticano II se redujo a una confirmación oficial de su visión doctrinal y de su práctica cotidiana, antes reprobadas por Roma y por la casi totalidad de la Iglesia. Nada más. Sacrificaron provisionalmente sus esperanzas, sus anhelos para el porvenir en aras de la unidad católica. Más adelante se dieron muy pronto cuenta de que a tamaño concesión, no correspondía ninguna reciprocidad, que gran multitud de los obispos del mundo no tenía la buena voluntad o la capacidad para recobrase, compensar las etapas perdidas y traducir en realidades las decisiones del Concilio. En eso estriba la causa principal de la gran crisis actual.



El cisma, una realidad

Hay mil modos de comprobar hasta qué punto el movimiento de regeneración de la Iglesia en algunas zonas y la cristalización en otras, son fenómenos que tienen raíces muy remotas.

Hay una piedra de toque particularmente sugestiva: la estadística por países de los documentos episcopales que aseguraron una resonancia a la *Rerum Novarum* durante los diez y ocho meses consecutivos a su publicación.

Abren el tablero de honor, en forma muy destacada, Alemania, Francia, Bélgica y Holanda, es decir, en rigor la zona que corresponde a la Iglesia conciliar de hoy, los países del *aggiornamento*. Lo cierran, con dos cartas pastorales, Canadá e Inglaterra; con una sola, Suiza, España, Austria y Estados Unidos. Todas las demás regiones, entre las cuales figuran Italia y toda la América Latina, no intervienen ni con un recibo.

Eso nos revela en forma impresionante hasta qué punto la apertura respectiva de los episcopados hace setenta años prefiguraba ya la de hoy. En 1962 como en 1891, la gran masa de los obispos carecía de toda disposición para la obra renovadora. Por consiguiente, el Vaticano II, iba a exigir de ellos una profunda conversión, so pena de fracasar.

Muchos de los promotores del *aggiornamento* conciliar tuvieron conciencia de que abrían la vía a verdaderos desgarramientos en el catolicismo. De repente se imponían como ley común de la Iglesia centenares de conceptos y realizaciones situados de manera tajante *a contra corriente* de la mentalidad y la práctica vigentes desde hacía siglos, sobre todo en los países llamados católicos, o sea los que reúnen a la inmensa mayoría de los bautizados católicos del universo.

Hasta entonces se había canonizado el inmovilismo y se abominaba toda innovación. ¿Cómo pretender ahora modificar sustancialmente el tipo mismo de religiosidad del clero y la feligresía, los reflejos de sus conciencias, sus hábitos culturales, sus esquemas psicológicos, su estructura mental, toda su postura hacia el mundo no católico y la sociedad actual?

Apenas clausurado el Vaticano II, una gran voz protestante, el pastor Albert Finet, escribió un artículo muy eufórico titulado: "Una conversión asombrosa" (*Le Monde*, 23 de diciembre de 1965). La satisfacción no le impedía advertir con realismo: "Llegará un día o un año en que estallará la contradicción profunda entre la posición actual de la Iglesia romana y su pasado."

Ya meses antes de la cuarta y última sesión conciliar, el 9 de mayo de 1965, el arzobispo de Rouen, Paillet, provocó una polémica muy tensa al afirmar ante una junta nacional de acción católica francesa: "Creo no ser demasiado pesimista si digo que se puede temer... un cisma."

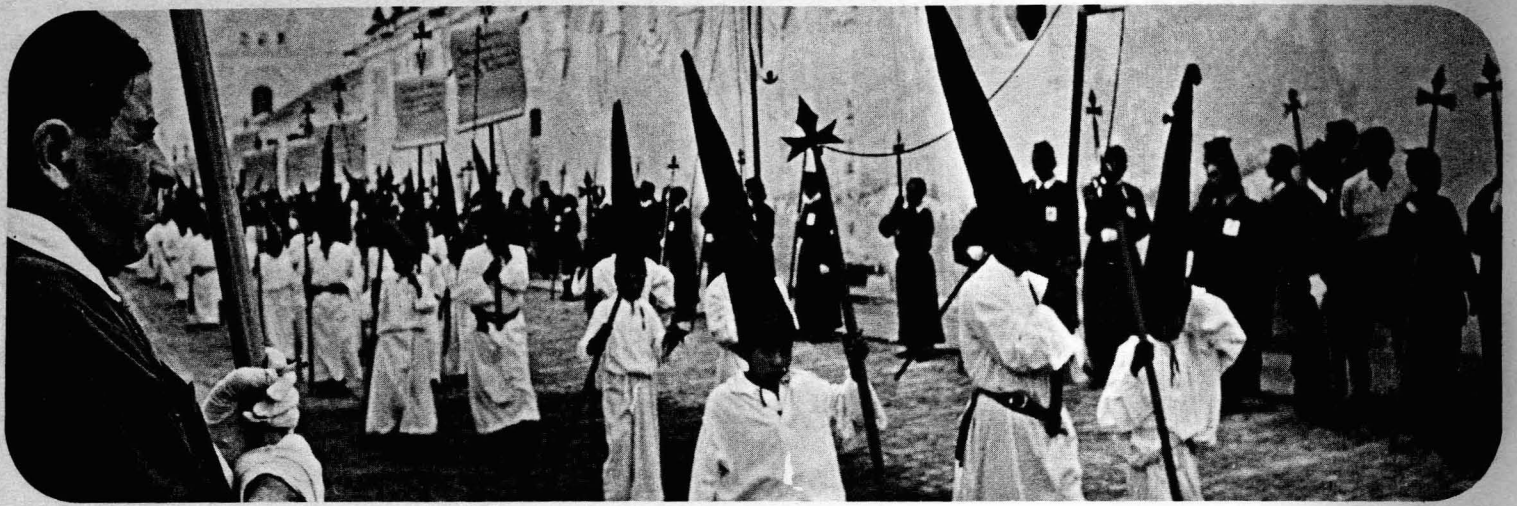
Expresó así la opinión de los hombres sagaces. Parecía imposible que los conservadores cristalizados entraran sinceramente en el movimiento conciliar. Pero tampoco era de esperar que los campeones de una renovación apoyada por el sufragio de más del 90% del episcopado mundial se resignaran a que quedara en letra muerta.

Era de prever la hora en que los adversarios del *aggiornamento* tendrían que elegir entre la sumisión o la secesión.

Sucedió, en cambio, lo más imprevisible.

Los conservadores, los integristas, pudieron erigirse libremente en inquisidores y anonadar a los defensores de la línea conciliar. Encontraron justificación y garantía de impunidad en la repugnancia manifestada por la mayoría de los obispos a ratificar mediante sus actos lo que habían votado en el Vaticano II. Por muchos lados el peso de la autoridad misma comenzó a caer sobre los renovadores sin que en parte alguna se notara el menor intento de empujar o sancionar a los inmovilistas.

En consecuencia, los que en el Concilio habían renunciado, en nombre de la disciplina común, a promover muchos adelantos juzgados urgentes, imprescindibles, se consideraron gravemente defraudados y cínicamente engañados, pues no se impuso la disciplina común a los atrasados, ni siquiera a los preladados que la ratificaron en el Concilio.



Dos años después del Vaticano II, Henri Fesquet, el ilustre editorialista religioso parisino, observaba:

“Desde fuera, la Iglesia parece estar enredada en su pasado. Salvo algunas excepciones notables, la jerarquía local no entra al parecer con decisión en el camino abierto por el Concilio” (*Le Monde*, 23 de septiembre de 1967).

Un año más tarde el mismo escritor afirmaba:

“Los deseos expresados por los conservadores y por los progresistas parecen ser rigurosamente contradictorios. La cohesión de la Iglesia está amenazada de modo muy serio. *El cisma es ya una realidad psicológica*. . .”

“La autoridad suprema. . . al desesperar a los reformistas en cuanto a ser oídos y comprendidos alguna vez ¿no los lleva así, a pesar de sí misma, a romper su solidaridad con la comunidad eclesial? . . .”

“Son muchos los católicos que tienen la impresión de que hubo un engaño. Habían creído y esperado que la autoridad estaría de acuerdo con un cierto número de objetivos conciliares y de pronto se dan cuenta de que habían tomado sus deseos por realidades” (*Le Monde*, 12 de diciembre de 1968).

Si los que acatan las decisiones solemnes, unánimes, imperativas, del Vaticano II y reclaman su cumplimiento, llegaran a sentirse como intrusos en la gran familia católica, mientras los renuentes siguen en ella como miembros consentidos, es evidente que resultará inevitable una de las más graves crisis de la historia. Una crisis en que vacilará la obediencia de muchos, pero, ante todo, una *crisis de autoridad*. En efecto, cuando la autoridad tolera que el peso de la rutina y el inmovilismo impongan el receso a una ley tan inderrogable como la de un Concilio ecuménico oficialmente promulgada por el papa, se hace responsable de las consecuencias.

Al observador deseoso de penetrar el sentido hondo de los acontecimientos religiosos actuales para conjeturar el futuro que preparan, se le debe invitar a investigar la historia de la Reforma protestante y a sondear la responsabilidad de los papas y obispos de entonces en la trágica secesión.

Es un lugar común entre muchos historiadores y teólogos católicos de hoy, el afirmar que un Lutero, un Calvino, un Lamennais, un Loisy, probablemente no hubiera roto con una Iglesia regida por el espíritu de Juan XXIII y del Vaticano II.

La primera señal de la catástrofe que hoy se anuncia se originó en la Gran Bretaña y resonó como un trueno a través del orbe.

No más de un año después de terminar el Concilio, el teólogo católico inglés más famoso, Charles Davis, doctor de la universidad gregoriana de Roma, director de la gran revista del clero británico, miembro de la comisión mixta para el diálogo con los anglicanos, el perito que asesoró al cardenal de Westminster en el Vaticano II, anunció públicamente su decisión de abandonar a la Iglesia católica, por razones que no eran de carácter privado.

“Sigo siendo cristiano declaró a la prensa el 30 de diciembre de 1966, pero he llegado a la convicción de que la Iglesia, tal como vive y actúa en la hora presente, constituye un obstáculo para los cristianos conscientes que conozco y admiro. No puede ser la fuente de los valores que les animan y que ellos difunden. Al contrario, viven y obran en una tensión y una oposición constantes con ella. Hay quienes siguen siendo católicos romanos sólo por llevar una vida cristiana al margen de la Iglesia institucional y por ignorarla en lo ordinario. . . En la Iglesia oficial, la preocupación por la autoridad sacrifica la verdad. . .”



“El Concilio traicionado”

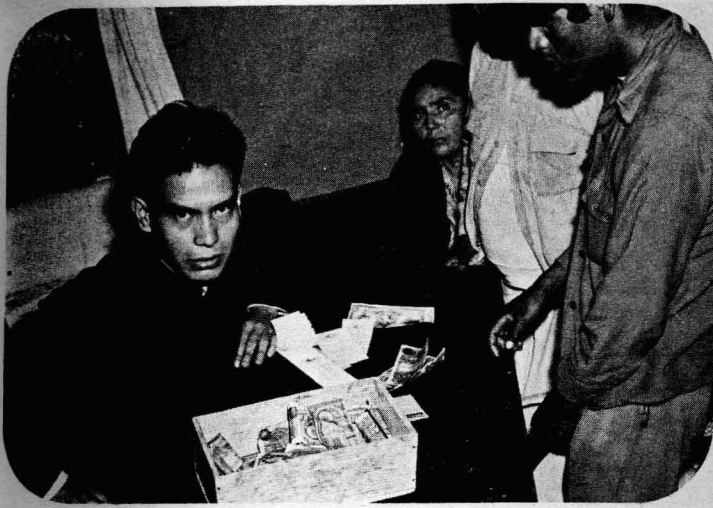
Según Kierkegaard, evangelizar es “arrancar a la gente su ilusión de ser creyente”, y el gran teólogo danés confiaba en su *Diario*: “Lo que preocupa a mi espíritu cada vez más, es saber si el cristianismo actual no va a comenzar a la inversa: por perder el lastre de los cristianos imaginarios, en tal forma que, después de siglos y siglos, se encontrará reducido al mismo pequeño puñado que al principio.”

Un “pequeño puñado” capaz de transformar de nuevo al mundo.

Después del Concilio, era previsible semejante proceso de decantación y de concentración de la grey católica. Pero, en lugar de perder a los seudocristianos como un árbol se desprende de sus hojas muertas, la Iglesia se está mutilando cada día más por escisión de muchos de sus miembros de más espíritu evangélico. Al considerarse defraudados en su seno, pese a las promesas del Vaticano II, se alejan, hartos de esperanzas engañadas, cansados de vivir en la inautenticidad.

El 14 de septiembre pasado, un grupo de cuarenta jóvenes católicos ocupó la catedral de Parma y distribuyó unos volantes que, como explicación de su gesto, proclamaban: “*El Concilio Vaticano II ha sido traicionado*”. Pablo VI les dirigió una áspera reprensión en un discurso solemne (18 de noviembre de 1968), pero no pudo menos que reconocer que “muchos católicos inquietos han partido de una alta vocación al apostolado”. También en otra denuncia contra los inconformes, el 15 de marzo pasado, habló el papa del “vértigo que se apodera de *las almas más templadas* en el seno mismo de la Iglesia y *hasta las que se habían consagrado generosamente a su servicio exclusivo*”.

A todos los medios eclesiásticos de este continente les extraña comprobar que los sacerdotes, seminaristas o novicios que cuelgan



lo hábitos son muy a menudo precisamente los que suscitaban más esperanzas alrededor suyo.

En los países desarrollados, estas defecciones alcanzan ya proporciones de una verdadera desbandada. En los Estados Unidos, un sondeo efectuado por un organismo de investigación logró identificar 1200 sacerdotes que han abandonado el estado clerical en sólo estos dos últimos años, . . . y hay además los no identificados.

Holanda, el país del mundo que hasta ahora tenía el clero más numeroso a prorrata de la población católica, contó en 1968 con 196 defecciones sacerdotales por sólo 145 ordenaciones.

En Brasil, cerca de 700 sacerdotes renunciaron al ministerio en los tres últimos años, según una investigación reciente realizada por un instituto especializado, bajo la égida del episcopado brasileño —el menos retrógrado del continente—. La misma encuesta da como motivos principales de deserción la inautenticidad de la fe en la Iglesia y el absolutismo de los preladados que se niegan a conocer las aspiraciones del pueblo.

Don Mazzi, popular párroco florentino cuya destitución produjo una gran conmoción a través del mundo entero, manifestaciones públicas ante el papa y protestas hasta en el seno del episcopado italiano, pronunció estas palabras tremendas: “Creo que hoy el sacerdote no puede dejar de ser un rebelde. . . Obedecer a la jerarquía significa siempre desobedecer las exigencias más profundas, más evangélicas del pueblo.”

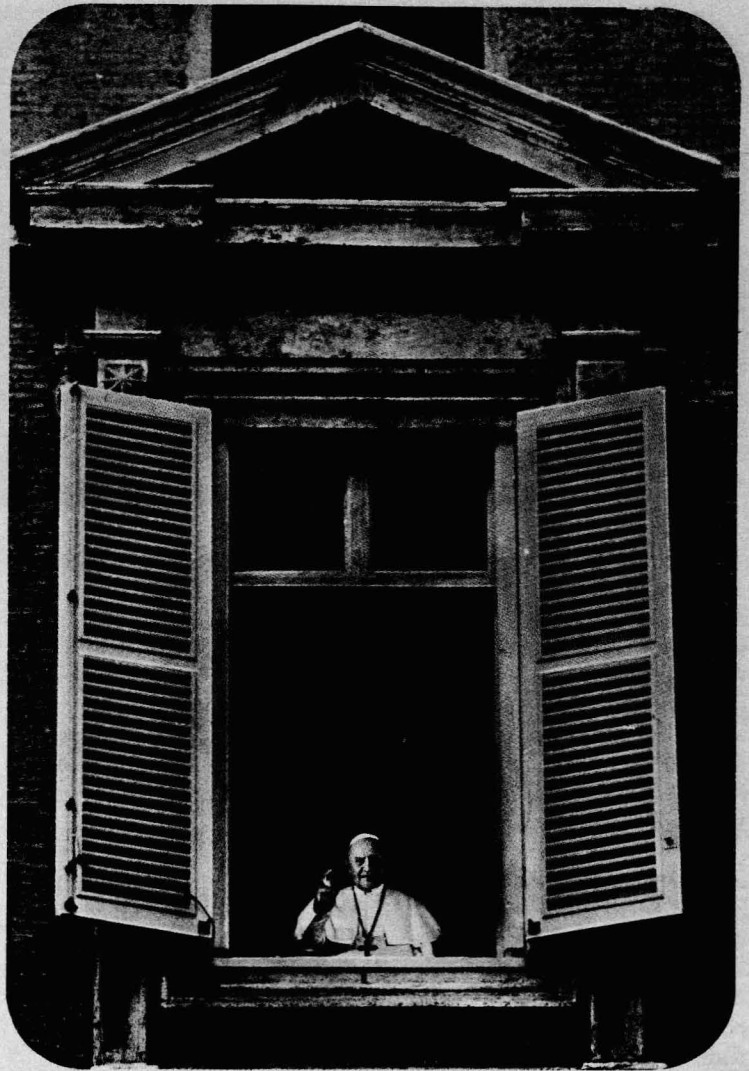
Más impresionante todavía resulta esta declaración de un obispo francés nada sospechoso de insubmisión a la Iglesia (*Informations Catholiques Internationales*, lo. de enero de 1969):

“Hemos de conseguir que la Iglesia nos haga libres. No es posible que un pueblo de Dios que testimonia tanta voluntad misionera, tanto dinamismo de fe, tenga la impresión de que la Iglesia menosprecia su libertad, la libertad de los hijos de Dios. Deseo que se acabe con la oposición en la que algunos parecen encerrarse actualmente: entre una autoridad que da la impresión de irritarse y afianzarse en su poder, por una parte y, por otra, un pueblo que se considera como el pueblo de Dios y que deja que su comunión con la autoridad se disuelva cada vez más, en la medida en que ésta se endurece más.

“Como obispo, tengo una preocupación de doble fidelidad. Lo más doloroso es tratar de no renegar de la comunión con el papa, sin la cual el ministerio pierde todo su sentido, y de permanecer también en comunión con el pueblo que se me confió más particularmente, y cuyas virtudes y dinamismo compruebo cada día. Los recientes acontecimientos hacen espantosa esta doble fidelidad. . .

“Creo que sólo se podrá encontrar la solución en una comunión de fe con el Espíritu de Jesucristo, que se sitúa más allá del papa y de todo el pueblo de Dios.”

Hemos de señalar que la tirantez extrema que se manifiesta en



este momento dentro de la Iglesia católica surge poco más o menos en todas las iglesias cristianas. Nos parece interesante citar al respecto la reacción del pastor Maurice Sweeting, eminente conferenciante protestante. En sus charlas de cuaresma por la radio francesa, destacó que las disputas entre cristianos no le asombran: “Sin este tumulto —puntualizó—, no creería que la palabra de Dios estuviera a la medida del mundo.” Pero reconoció la gravedad de una contienda que no escapa a la amenaza de romper la continuidad misma con el cristianismo tal como se lo entendía hasta ahora. Asentó por último que no ve otra solución para los cristianos que un arraigamiento más hondo en el Evangelio, aunado a una preocupación por traducirlo al lenguaje de hoy y testimoniarlo con el vigor de los primeros cristianos.

Vuelta a las fuentes y puesta al día: encontramos aquí, por el lado protestante, las dos mismas exigencias renovadoras que por el lado católico.

Parece cierto, por lo demás, que la tensión es más explosiva en la Iglesia romana, lo que está en correspondencia con la rigidez de su estructura y de su forma de gobierno. Se puede augurar, precisamente como consecuencia de las sacudidas presentes, un cambio radical de las relaciones entre personas, grupos, cuerpos constituidos, grados jerárquicos, en el interior de la antigua institución.

Lo que pasa, en último análisis, es que la grey católica vive su crisis de pubertad. Está saliendo del infantilismo para alcanzar, poco a poco y con dificultad, la mayoría de edad. Ya lo daba a entender así el dominico francés Serrand a propósito de las repercusiones en cadena que provocó la toma de posición de Charles Davis.





“La coyuntura postconciliar, multiplicando las responsabilidades, amenaza con hacer saltar los viejos diques. Y las corrientes serán tanto más violentas cuanto que no se había intentado encauzarlas. El aprendizaje de la libertad es el más difícil, sobre todo para un pueblo mentenido durante tanto tiempo en su adolescencia. Ninguna pedagogía podrá impedir que sus primeros actos de liberación sean casi siempre excesivos y den ocasión, durante un cierto tiempo, aun a los obispos más liberales, a sentir remordimientos y ganas de volver a tomar las riendas: el remedio sería peor que la enfermedad.”

Es típico, notémoslo, que, de los dos países que citábamos antes, Holanda y Estados Unidos, el primero haya tenido durante largo tiempo una jerarquía autoritaria, con un catolicismo un tanto cerrado sobre sí mismo, y haya entrado mucho después que sus vecinos en el movimiento preconiliar. Por lo que respecta al segundo, su adhesión al *aggiornamento* fue tardía y su episcopado conserva aún una concepción muy paternalista de su papel pastoral.

No nos sorprende por lo demás que el toque de alarma que fue el caso Davis, hubiese surgido en la Iglesia británica, tan poco abierta al espíritu de diálogo antes del Vaticano II. Cuanto más grande el retraso, tanto más convulsiva la recuperación.

Eso nos permite presentir lo que nos prepara el despertar de las iglesias letárgicas en que se sigue cultivando hoy por hoy una mentalidad de prehomínidos.



Grandeza del papa Juan

El embrolló actual de la Iglesia obliga a valorar más adecuadamente el verdadero tamaño de Juan XXIII.

Pablo VI manifiesta una especie de pánico ante el hervor de ideas e iniciativas que presenciamos. A veces parece lamentar que el Concilio haya favorecido el reparto del poder de decisión y la libertad de debate en el pueblo cristiano.

El Papa Juan, por el contrario, quiso una Iglesia de hombres adultos y conscientes, que supieran dar la cara, cada uno por su parte, a los problemas cruciales. Provocó el gran enfrentamiento. Sin embargo, varios confidentes suyos atestiguan que no se hacía ilusiones respecto a las consecuencias. Sabía que, después de siglos de estancamiento, estaba abriendo el paso a un formidable desfoque, un cataclismo inaudito.

El 10. de mayo del año pasado hubo en Madrid una manifestación de solidaridad con el jesuita Gamó, castigado por haber

tomado la defensa de los obreros. Los funcionarios policíacos encargados de reprimir esta demostración insultaron la memoria del Papa Juan declarándole “culpable de la revolución de los sacerdotes”. ¿Quién negará que los esbirros ubicaban la responsabilidad y el mérito en su verdadero nivel?

El 25 de enero pasado, al celebrarse el décimo aniversario del anuncio repentino del Vaticano II, el secretario privado de Juan XXIII, monseñor Capovilla, expresó ante la televisión italiana que el Papa Bueno le habló de convocar un concilio ya la semana de su elección. Es éste un dato de suma importancia. Permite considerar la llamada a los obispos del orbe no como un episodio excepcional en la actuación del papa, sino como indicio de su concepción misma del gobierno de la Iglesia, de su visión colegial de la institución a él confiada.

En un libro sobre *La corresponsabilidad en la Iglesia* (Ed. Desclée de Brouwer, 1968), el cardenal Suenens, de Bruselas, advertía:

“La cuestión de una mayor o menor democratización de los métodos en el seno del gobierno de la Iglesia sigue siendo válida. . . La era de la monarquía absoluta ha quedado cerrada y hace falta ejercer la autoridad en un contexto sociológico nuevo. . . La historia se quejará del Concilio por no haber puesto en obra lo que tan bien supo dilucidar: la corresponsabilidad de los laicos.”

En una conferencia pronunciada en Austria el pasado 22 de octubre, el mismo arzobispo preguntaba: “¿La utilidad de la Iglesia de hoy no invita al reconocimiento de cierto pluralismo en diversos planes?” y proclamaba: “la verdadera unidad no debe identificarse con la uniformidad. *El conformismo no es una prueba de obediencia*”.

Pablo VI quiso sustraer al examen conciliar y colegial los dos problemas más controvertidos en la Iglesia de hoy. Sus encíclicas sobre el celibato sacerdotal y sobre la natalidad se zanjaron “*al estilo absolutista del antiguo régimen*” (la expresión es del gran teólogo conciliar Hans Küng en su libro *Ser verdadero: el porvenir de la Iglesia*).

Nada contribuyó más a agravar la confusión, pues aun muchos de los que, en el fondo, comulgaban desde siempre, de modo absoluto, con las tesis propugandas por estas encíclicas, quedaron profundamente desconcertados por la forma de la intervención papal.

El documento de junio de 1967 fue seguido por la más grande deserción sacerdotal a escala mundial de toda la historia. El documento de julio de 1968 impulsó indirectamente, de manera incoercible, lo que pretendía conjurar: la inundación de los países del “Tercer Mundo” por productos anticonceptivos impuestos sin discernimiento ni control terapéutico a poblaciones desnutridas y desprovistas de toda asistencia médica, eso que el gran defensor del mundo del hambre, Josué de Castro, llamó, en la Sesión universi-





taria de la Conferencia Internacional del Desarrollo (Mónaco, 8 de febrero de 1969), "la forma más abyecta del racismo".

Son, éstos, dos casos que comprueban trágicamente que para un papa postconciliar es imposible fijar el destino de la humanidad sin la participación del cuerpo eclesial entero, clero y laicado, e incluso de los medios no creyentes interesados.

Hay que repetirlo una vez más: Juan XXIII desencadenó un movimiento irreversible, dio al diálogo y a la corresponsabilidad en la Iglesia un papel irrevocable.



Hacia una iglesia conciliar

Precisamente a raíz de la tormenta suscitada a través del mundo por el pronunciamiento solitario de Pablo VI en su encíclica *Humanae vitae*, el dominico Francois Biot escribió en *Le Témoignage Chrétien* ("Vers un nouveau style d'autorité dans l'Eglise", 31 de octubre de 1968):

"Tenemos ahí un *hecho nuevo*, muy importante para la vida de la Iglesia. No manifiesta tanto una crisis, en el sentido pesimista, o aun dramático, del término, cuanto un paso, una especie de mutación: empezamos a recoger los frutos del Concilio que quiso que los asuntos que incumben al pueblo cristiano fueran tomados activamente a su cargo por éste. Asistimos así al surgimiento, desde luego no sin dificultad, ni sin tensión, de una nueva forma de corresponsabilidad o, mejor aún, de un *nuevo rostro de la comunidad eclesial*. Lo que puede sorprender con toda seguridad, a quienes han vivido durante largo tiempo bajo otro régimen o se habían habituado a otro rostro de la Iglesia. A no dudarlo es posible y legítimo el presentir en esta mutación riesgos de desunión y de desorden. Pero hay que reconocer que esta transformación abre la vía a un *nuevo estilo de autoridad en la Iglesia*, que debe permitirle no sólo sobrevivir e las críticas y a las impugnaciones del momento actual, sino el volver a encontrar aspectos por completo tradicionales de su ejercicio y de su significación."

En su libro sobre América Latina intitulado *Une Eglise en état de péché mortel* (Una Iglesia en estado de pecado mortal, París, 1968), Henri Fesquet advierte: "Si la Iglesia romana quiere salvaguardar la cohesión de su comunidad, parece oportuno que las decisiones importantes sean tomadas, en general, por una autoridad de tipo *sinodal* o *conciliar*." Es decir: de carácter *colegial*.

La misma obra habla del "debilitamiento de la autoridad pontificia provocado por la utilización de procedimientos anacrónicos" que la exponen "a conocer dificultades insuperables y a *cavar su propia tumba*".

Se quiera o no, una evolución irrefrenable lleva a la Iglesia hacia la constitución de estas *estructuras de diálogo y de participación concertadas* que el Vaticano II preconizó en todos los niveles y que muchos se obstinan por eludir.

Pese a todas las formas de obstrucción, varias circunstancias intervienen día a día como *factores de aceleración* con una eficacia irresistible. Enumeraremos algunos.

1. El ejemplo de los debates del Concilio, con su franqueza sin ambages, su realismo incisivo, a veces su crudeza, sirve de precedente y de incitación a cualquier manifestación de inconformidad y estimula al rechazo de los tabús.

2. La unificación del planeta por las telecomunicaciones favorece las reacciones en cadena y el contagio psicológico sin contar con las fronteras. Cuando, por primera vez, un grupo de jóvenes laicos y clérigos ocuparon una Iglesia, la catedral de Santiago de Chile, para protestar, en vísperas del viaje del papa a Bogotá, contra "la Iglesia de los ricos", "comprometida con el poder y el dinero", y pedir una "Iglesia pobre", "fiel al Evangelio", "cerca del pueblo", bastaron pocas semanas para que semejante hecho se repitiera en una catedral italiana y, luego, como por epidemia, en Madrid, Oviedo, Valencia, San Sebastián, Bilbao, etc. La indignación misma del papa y de varios obispos contribuyó a dar publicidad y poder de irradiación a estos incidentes, mientras, por ejemplo, las sacudidas que afectan a la Iglesia de Francia desde hace meses, sacudidas de una amplitud, un radicalismo y una proyección concreta sin precedente, son ignoradas a través del orbe, por el simple hecho de que el episcopado, lejos de fulminar, supo encauzar hacia una promoción común de cambios de estructuras lo que parecía una grave rebelión y hubiese podido terminar en un cisma.

3. La hemorragia que padece la Iglesia por la secesión de tantos sacerdotes y militantes laicos de categoría, no se podrá detener por medio de anatemas. Su magnitud creciente dejará poco a poco una *mala conciencia* a los que se oponen a los anhelos renovadores. Frente a la frustración de los que creían en el *aggiornamento*, el inmovilismo aparece con su verdadera cara de traición y de escándalo inexpiable, pues, como decía Bergson, "El elemento estable del cristianismo es la orden de Jesús de no detenerse jamás". La esclerosis es sinónimo de muerte tanto para una institución como para una persona. "El genio del cristianismo se encuentra en su capacidad indefinida de asimilación. El ateísmo doctrinal y práctico aun en Rusia no ha logrado extirpar la necesidad religiosa. El rostro clásico de la religión ha perdido todo su atractivo para las masas, pero no lo ha perdido el *mensaje evangélico* que aquél disimula a veces más de lo que lo revela" (Henri Fesquet, *Le Monde*, 12 de diciembre de 1968).

4. El diálogo ecuménico y sus frutos, la mirada puesta sobre los católicos por los cristianos de otras denominaciones, el descubri-



miento íntimo de la diversidad de las vías cristianas, intervienen como acicate a favor del intercambio, el pluralismo, la ventilación dentro de la Iglesia misma.

5. El límite de edad fijado, a petición del Concilio, para los altos cargos eclesiásticos, aunque ridículamente alto y facultativo, constituye un primer retroceso de la gerontocracia. Será seguido de muchos otros. Cuanto más avanzada la edad de un dignatario, tanto más le falta la lucidez y la juventud de espíritu para ceder al imperativo del bien común, que requiere que cada uno se retire a tiempo. Es propia de la senilidad la crispación avariciosa con que se empeña uno en retener cargos. Asistimos ahora al inicio de una verdadera *desescalada* en sentido inverso. No pasarán muchos años sin que se haga posible el acceso al solio romano de un cuádragenario esbelto. Entonces toda la vida de la Iglesia y su constante reajuste se ventilarán en forma sumamente distinta.

6. La juventud apenas empieza a balbucear en el escenario mundial. Pero está cercano el día en que tomará la palabra. Y muy poco después sus gritos retumbarán por el orbe, sus exigencias se impondrán, sus estremecimientos van a remover definitivamente los fundamentos mismos de nuestra podrida sociedad de mentira y de avaricia. Para la Iglesia también, será la hora de la juventud, si no quiere exponerse a la desaparición. Es el cardenal Suenens, en su libro ya citado, quien habla de los jóvenes como de "*radares que nos ayudan a presentir el porvenir*".

La influencia de la "Revolución de Mayo" sobre la Iglesia de Francia fue decisiva al respecto. ¿Qué mejor prueba que esta declaración publicada en medio del tumulto mismo por los cardenales y obispos del consejo permanente del episcopado francés? "Se ha llegado a un punto en que no es posible dar marcha atrás. De ahora en adelante *el ejercicio de la autoridad requiere el diálogo y el acceso de todos a una responsabilidad mayor.*"

"*El porvenir del cristianismo pertenece quizá a los adolescentes en rebelión*" proclamó a propósito de los mismos acontecimientos un gran teólogo, Olivier Clément (*Evangile et Revolution*, París, 1968), "por poco que les mostremos en la fiesta y en la santidad esta fiesta interiorizada la insurrección de la vida total, el gran juego de la libertad."

"Ser cristiano según declaró por la radio, durante los motines, el médico y presbítero Marc Oraison es estar siempre dispuesto a rebelarse, pero siempre en vista de un progreso. El ejemplo mismo de esta rebelión es el arranque del Concilio para la Iglesia y por ella misma."

Es Robert Serrou, periodista de *Paris-Match*, quien saca esta conclusión: "Quizá lo que ha pasado en Francia es una oportunidad para la Iglesia de Cristo."

Si se recuerda la historia de odio recíproco que opuso durante dos siglos a las logias y el catolicismo galo, el testimonio más significativo sobre el cambio de ambiente en la Iglesia de Francia

gracias a los acontecimientos, lo encontramos en la revista masónica *Humanisme* del Gran Oriente de Francia (nov.-dic. de 1968): "Los cristianos dan ahora el tono a muchos acontecimientos de la escena política... No hay un solo grupo de impugnadores en el que no se encuentren cristianos en los puestos más avanzados... Esta fermentación en el seno de la Iglesia cambia por completo las relaciones tradicionales que con ella teníamos y que se inspiraban, hay que reconocerlo, en un fuerte espíritu de crítica... El espectáculo que la Iglesia nos ofrece, sacudiendo nuestras ideas más arraigadas, no deja aún de asombrarnos."

Sin duda alguna, las cristiandades anquilosadas no podrán escapar para siempre al choque de la actualidad y a los asaltos de la juventud reivindicadora. Las conmociones más espeluznantes esperan precisamente a las más petrificadas. Es notable que un fenómeno tan poco común como las ocupaciones de iglesias en forma de protesta haya surgido en América Latina, Italia y España. Cuanto más asentada y espesa una capa granítica, tanto más espantosa la explosión de dinamita que la hace finalmente estallar.

Por eso, el presente ensayo refleja una visión muy pesimista en cuanto a lo inmediato, pero sumamente optimista a largo plazo. Es verdad que el *aggiornamento* es el blanco de los peores ataques, pero los obstáculos mismos que se le oponen excluyen toda posibilidad de vuelta atrás y, por el contrario, precipitan el movimiento hacia adelante.

Muy concluyente en este sentido parece ser el juicio de una de las grandes figuras cristianas de hoy, el pastor E. C. Blake, secretario general del Consejo Ecuménico de las Iglesias (que agrupa a los representantes de 223 iglesias y denominaciones cristianas) en una entrevista con Henri Fesquet (*Le Monde*, 20 de noviembre de 1968):

"La Iglesia conoce ahora una crisis de sus instituciones *porque aceptó la renovación*. La transición de una Iglesia ligada al poder a una Iglesia solidaria de los pobres tiene como consecuencia que toda su vida haya de ser modelada de nuevo. El pasar de la tutela de la sociedad a un servicio del mundo es, ni más ni menos, una revolución. En esta medida, *esta crisis es un testimonio de la fuerza del movimiento de renovación*..."

"Creo profundamente que la Iglesia unida de mañana será una *Iglesia conciliar*. Sus decisiones y sus creencias serán el resultado de un consenso."

Época grandiosa, la que nos permite contemplar el increíble rejuvenecimiento de la antigua Iglesia de Cristo después de siglos de letargo. Más que nada nos alegrará que tal brote de vida nueva se concrete un día hasta en la América Latina. Nos guste o no, para bien o para mal, el cristianismo conserva en este continente una tremenda fuerza de presión. Ojalá llegue el día en que no sea ya aquí el eterno turiferario de los poderosos, sino el baluarte de las masas desheredadas.

